

La sociedad de los espectadores

Notas sobre algunas teorías de la recepción

*Mabel Piccini **

¿Por dónde empezar?

En los últimos años, diversas disciplinas sociales han emprendido el redescubrimiento de los sujetos (por lo general anónimos) de la acción social: lo que algunos denominan la sociedad íntima y recubre los planos de la vida privada y las prácticas de la cotidianeidad, lo que otros designan como el ámbito del consumo de individuos y grupos aunque no sea este ámbito, en sentido estricto, un equivalente del anterior. En una esfera más restringida, las teorías estéticas y sociológicas de los efectos siguen ese trazado general pretendiendo interrogar, mediante el estudio de los procesos de recepción de obras y mensajes, los enigmas y secretos que rodean la formación del gusto, la actividad de la lectura y la orientación de los comportamientos de públicos y consumidores.

* Profesora investigadora Titular del Departamento de Educación y Comunicación de la UAM-Xochimilco.

A pesar de la cantidad de investigaciones sobre el tema, o tal vez por esa misma razón, lo que puede advertirse como resultado es la presencia de un territorio teórico de vastas dimensiones con algún grado de dispersión. La dispersión se manifiesta no sólo en la diversidad de preguntas que se formulan acerca del problema sino en la propia definición o delimitación de los objetos de estudio. Según sea la perspectiva teórica utilizada, veremos desplegarse un mapa semántico que alude a este campo con las más diversas designaciones. Se hablará ya sea de los efectos de ciertos mensajes sobre las audiencias o de la constitución de la opinión pública, ya de procesos de desciframiento, reconocimiento o decodificación de textos y mensajes o de la lectura como actividad productiva; a veces se preferirá la orientación económica y se hablará de consumo y apropiación de los objetos simbólicos, y, en caso contrario, con una mayor fidelidad informática, de recepción y receptores ante obras de diversa naturaleza; por último, también, de la formación del gusto como sentido de la orientación social, de comunidades interpretativas y hasta de comunidades hermenéuticas de consumidores.¹

Si las cualidades de este proceso, tal como las definen (o construyen) las diversas corrientes (lo que individuos y grupos *hacen*, como se estila decir, con los bienes simbólicos o con los signos y mercancías de una cultura: leer, descifrar, reconocer, interpretar, comunicarse, producir y consumir, etcétera) aparecen revestidas de una cierta ambigüedad, no es menos indefinido el actor (o agente) de la acción: audiencias, públicos, espectadores, comunidades, destinatarios, receptores, lectores, grupos, individuos. ¿El redescubrimiento del sujeto o su atomización en múltiples comunidades de referencia? ¿Qué sujetos? ¿Individuos, grupos o audiencias, clases sociales, clases de edad, sexo, etnias o naciones? ¿Consumidores o lectores o, al fin de cuentas, como lo parece por ciertos estudios, no existe distinción entre ambas designaciones? ¿Consumidores de qué mercancías? ¿De obras y objetos estéticos, o, sencillamente, de todos o cualquier producto del mercado?

No estamos, desde luego, ante un mismo objeto. Existe escasa proximidad entre los sujetos estudiados así como entre lo que diversas corrientes denominan, dentro de los estudios sociales y antropo-

¹A propósito del tema, el número 30 de la revista *Diálogos de la Comunicación* (FELAFACS, junio de 1991) ofrece una selección de algunas de las tendencias predominantes en este campo de estudio. También se pueden consultar, para más datos, los números 32 y 33 de la citada revista.

lógicos de la cultura, "procesos de recepción". La perspectiva se complica aun más si incluimos en este recorrido las investigaciones procedentes de diferentes disciplinas herederas de las ciencias del lenguaje que retoman en la actualidad una antigua preocupación por el destinatario o el lector bajo la denominación genérica, y algo imprecisa en su traducción española, de estéticas de la recepción y, también, las que provienen de corrientes que se inscriben dentro del análisis del discurso.² De la impregnación de todas estas tendencias, las sociales y las semióticas, de los préstamos y transferencias de ideas y conceptos, comienza a surgir en la actualidad un nuevo momento de la reflexión sobre la "lectura" y los procesos de apropiación de los bienes simbólicos. Habría que agregar, tal vez, que en este recurso a los dominios de diversas disciplinas existe una marcada tendencia de las disciplinas sociales y antropológicas por recurrir a nociones y categorías de las ciencias del lenguaje. De estas disciplinas provienen categorías como las de comunidades interpretativas, comunidades hermenéuticas, gramáticas de reconocimiento y otras.

Los propósitos de este trabajo son algo ambiguos. Quiero situarme, de frente a los estudios actuales sobre recepción, ante un primer dato: las dificultades para definir en qué consiste este proceso más allá de una aproximación a las condiciones de posibilidad de que el mismo se realice efectivamente en la vida de todos los días de la que las estadísticas nos dan prueba permanentemente.³ Pero cabe preguntarse, ¿es que, acaso, cuando hablamos de "procesos de recepción" aludimos, también, entre otras variables, a actos de desciframiento, reconocimiento o lectura de diferentes mensajes? Puestos en esa situación, ¿qué entenderemos por el acto de leer?, ¿qué es leer? ¿Existe alguna posibilidad de comprender, y evaluar, la productividad de la lectura?

² Sin pretensión alguna de exhaustividad me refiero, en este caso, a las obras de Paul de Man, Roland Barthes, Julia Kristeva, Umberto Eco, Stanley Fish, Roman Ingarden, Wolfgang Iser, H.R. Jauss, entre otros. Sobre este mismo tema, pueden consultarse los artículos incluidos en este volumen de la revista *VERSIÓN*, "Bajtín y el lector" de David Shepherd y "La lectura interminable" de Carmen de la Peza.

³ No querría, sin embargo, dejar de citar para ilustrar esta tendencia, los brillantes estudios de Pierre Bourdieu, basados algunos de ellos en datos estadísticos de amplio alcance, sobre la orientación del gusto y las formas de la distinción social a partir del estudio de las prácticas culturales de las clases, las clases de edad y de sexo en Francia. De su extensa obra, quiero destacar ahora, en particular, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid, 1988.

En su máxima latitud, como nos lo recuerda Barthes,⁴ el acto de leer recubre múltiples acciones. Leer, en el sentido de descifrar, decodificar, o, en el alcance más específico que se le ha querido asignar, como proceso de "recepción" o "apropiación", es un acto que puede abarcar la totalidad del mundo que se ofrece a los sentidos y a la inteligencia de los humanos: leer un texto, unas imágenes, las escenas de la ciudad, ciertos sentimientos en los ojos que nos miran. Si esta actitud es verificable en todo comportamiento, cabría agregar que nunca existe una lectura aislada -un acto aislable de lectura- sino que todo acto de desciframiento se realiza dentro de un espacio de intersecciones. O, de otro modo, que toda lectura es un espacio de intertextualidad, de lectores/autores, y de prácticas y mensajes cruzados como la propia historia del protagonista de la acción.

Toda *lectura* (que no sea la simple competencia técnica) deriva de historias que trascienden al individuo, piensa Barthes; es un juego que como todos los juegos está regido por reglas. Pero, estas "reglas proceden de una lógica milenaria de la narración, de una forma simbólica que nos constituye antes aún de nuestro nacimiento, en una palabra, de ese inmenso espacio cultural del que nuestra persona (lector o autor) no es más que un episodio."⁵

Estas son algunas de las ideas que, aunque a una cierta distancia, iluminan las dudas y vacilaciones de las páginas que vendrán. Los propósitos no son precisamente descifrar el acto de leer sino, más modestamente, reflexionar acerca de este problema y buscar una posible salida, provisional, sin duda, para esta interrogación.

Propongo para ello un doble camino que trata de recomponer algunas vertientes del pensamiento actual sobre las figuras del lector: 1) la visión del destinatario desde algunas corrientes de la filosofía y las ciencias del lenguaje, 2) la visión del destinatario desde perspectivas propias de las disciplinas sociales y antropológicas.

1. El lector implícito y, también, la complicidad del lector

a. *Cómo persuadir de que un mensaje es verdadero*

La preocupación por los "procesos de recepción" de discursos y mensajes no es nueva. Entiendo en este momento, y provisionalmen-

⁴ Roland Barthes, *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Paidós Comunicación, Barcelona/Buenos Aires, 1987, pp. 40 y ss.

⁵ *op.cit.* p. 37.

te, esta preocupación como la necesidad de evaluar la incidencia -y efectos- de la circulación discursiva, y simbólica en general, sobre diferentes comunidades. A propósito de este tema, no es otro el fundamento de la retórica clásica: la necesidad de sistematizar ciertas estrategias y recursos expresivos a través de argumentos y figuras que vuelven admisible, según la experiencia, un discurso dado y, sobre todo, que establecen las condiciones de su aceptabilidad. El discurso retórico como sistema estético, ético y político está ligado, desde la antigüedad griega, a la voluntad de persuadir y, también, de convencer: el objetivo es cambiar el ánimo del interlocutor y regular la conducta del auditorio. Esta concepción se expresa claramente, por ejemplo, en la *Retórica* de Aristóteles. La retórica es definida como "la facultad de descubrir especulativamente lo que en cada caso puede ser propio para persuadir". Por ello, la *Retórica* está dividida en tres Libros: el Libro I es el libro del orador (el del emisor del mensaje) en el que se estudia la concepción de los argumentos y su adaptación al público. El Libro II es el libro del destinatario del mensaje, el libro del público; se estudian las pasiones y las emociones que desatan ciertos argumentos en el momento de la recepción. Finalmente, el Libro III estudia el mensaje mismo, las figuras y las partes del discurso.⁶

La retórica de Aristóteles, escribe Barthes,⁷ es una retórica de la prueba, del razonamiento, del silogismo aproximativo (...) es una lógica voluntariamente degradada adaptada al nivel del "público", es decir, del sentido común, de la opinión corriente." En estos escritos de la primera época, ya se advierte en Barthes el mismo sentimiento que expresaría en el resto de su obra como una crítica, más o menos serena pero siempre persistente, a la neutralización de las virtualidades estéticas y políticas del lenguaje en nombre del sentido común y de la captación de las mayorías. También su sagaz percepción del vínculo inextricable que estas concepciones del lenguaje mantienen con las esferas del poder. De allí su versión (o *lectura* en términos actuales) de la *Política* de Aristóteles a la que concibe como una política del *justo medio*, "favorable a una democracia equilibrada, centrada sobre la clase media y destinada a reducir los antagonismos entre ricos y pobres, entre la minoría y la mayoría" a partir de una

⁶ Aristóteles, *Retórica*, Aguilar, Madrid, 1960.

⁷ Roland Barthes, *Investigaciones Retóricas I*, Editorial Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1973, p. 17.

retórica del buen sentido, voluntariamente sometida a la "psicología" del público.

La retórica, desde la antigüedad griega, tendrá, pues, como propósito analizar la circulación social de los mensajes y en ese sentido es uno de los antecedente más antiguos de las teorías estéticas y políticas de los *efectos* del discurso. Marcar al otro con la palabra del sujeto de la enunciación implica, desde esta perspectiva, anticipar, en el mismo enunciado, una imagen del destinatario a la vez que estudiar en el público el registro de sus pasiones y sus emociones, esfera psicológica y social desde la que puede establecerse un régimen de verosimilitud, una *doxa* y en términos actuales, *un pacto de inteligibilidad* entre las partes.

Se trata, entonces, de estudiar las cualidades de ciertas estrategias enunciativas pero, *en el mismo movimiento*, al destinatario y su "horizonte de expectativas": esta doble tensión, "el justo medio" aristotélico, es el lugar de emergencia de lo que es posible (y deseable) decir en un momento dado para tender un puente de comunicación dentro de una sociedad. Como búsqueda, intenta controlar y predecir lo que hoy designaríamos como la condición performativa de todo enunciado. Orientado hacia alguien, el enunciado prefigura y anticipa una expectativa virtual, instituyendo una imagen del destinatario con el fin de producir una determinada acción sobre los interlocutores.

Vemos desplegados, embrionariamente, en estas proposiciones fundadoras, algunos de los elementos que a lo largo del tiempo van configurando una pesquisa acerca del valor y el poder del lenguaje para instituir órdenes políticos y sociales, sistemas culturales y estéticos y principios de identidad y cohesión en las diferentes sociedades. Y, a la vez, vemos despuntar el espesor del lenguaje y claves centrales de la comunicación que tomarán forma, en el presente siglo, en ciertas corrientes del análisis del discurso a partir de, por lo menos, dos ideas fundamentales: la idea de *intertextualidad* (la relación del texto con el corpus discursivo anterior o sincrónico) y la idea de *intersubjetividad* (la relación del texto con los demás, con los otros). De allí en más, como trataré de plantearlo más adelante, cabría hablar, también, de *dispositivos colectivos de enunciación*.

b. *Intertextualidad. El autor, un ancla*

Toda comunicación es dialógica, o, de otra manera, el diálogo es la forma clásica de la comunicación discursiva. Todo texto se sitúa en la línea de encuentro de múltiples textos de los cuales es, a la vez, relectura, condensación, desplazamiento y profundidad, escribía Ph. Sollers en la década de los sesenta representando algunas de las inquietudes del grupo de la revista *Tel Quel*.⁸ Y Barthes, prosiguiendo esta idea, afirmaba que el concepto de intertexto es el que aporta a la teoría del texto el volumen de la socialidad, más en el sentido de una diseminación que de una filiación reconocible o una imitación voluntaria.⁹

Es Voloshinov-Bajtín el que resuena en estas concepciones: el espesor de los textos, su historicidad, radica precisamente en que los textos son un acto ininterrumpido de lectura de los signos culturales de una época y de las épocas pasadas. La lectura que Julia Kristeva realiza (también desde el grupo *Tel Quel*) de la obra de M. M. Bajtín, acentúa los diferentes vínculos que la obra establece con el mundo: los textos están situados en la historia y la sociedad, pero a la vez la historia y la sociedad son textos que el escritor lee, sobre los que opera una lectura y en los que se inserta en la circunstancia de reescribirlos.¹⁰ Todo discurso, en este sentido, -diría Bajtín- es discurso que refiere y de ese modo, todo discurso es siempre discurso referido, nudo en una red, convergencia de diversos puntos de vista o de visiones del mundo.

El principio del *diálogo* constituye y orienta esta reflexión. De tal modo, según este postulado, no existe enunciado que no sea constitutiva y fundamentalmente una *respuesta* a enunciados pre-existentes en una determinada esfera de las actividades lingüísticas o sociales. Sobre el volumen de los enunciados ya dichos, el diálogo se establece bien sea en la línea de la refutación o la confirmación, la presuposición, el entendimiento o el desacuerdo. Escribe Bajtín en su *Estética de la creación verbal*: "la expresividad de un enunciado siempre, en mayor o menor medida, contesta, es decir expresa la actitud del hablante hacia los enunciados ajenos, y no únicamente su actitud hacia el objeto de su propio enunciado".¹¹ En este sentido, una configuración textual (un género determinado, dirá Bajtín) es

⁸ *Théorie d'ensemble*, Seuil, París, 1968, pp. 75.

⁹ "Texte (théorie du)", *Encyclopaedia Universalis*, t. XV, 1968, p. 1017.

¹⁰ Julia Kristeva, *Semiótica I*, Espiral/Fundamentos, Madrid, 1978, p. 187 y ss.

¹¹ M.M. Bajtín, *Estética de la creación verbal*, Siglo XXI, México, 1982, pp. 181-2.

un fragmento de la memoria colectiva: espacio de sedimentación de redes históricas, allí la comunidad habla, y, en el mismo movimiento, es hablada: en ese punto se expresa la forma objetiva de una cultura.

Desde este enfoque en que el enunciado es flecha que busca su blanco a partir de un "horizonte de expectativas", la idea de destinatario cobra un significado nuevo. Se manifiesta, cuando menos, en una doble dimensión: por un lado es presente de la escritura (el interlocutor virtual -el "lector modelo" o el "lector implícito"- prefigurado en la obra a través de determinados mecanismos) y, por el otro, es una entidad preexistente al texto que habla colectivamente y desde diversos puntos del mapa social sobre los asuntos de una comunidad . De este modo, la noción de lector es ambivalente: el destinatario (lector-autor) -que no lo es sino en la medida en que actúa y produce la "historia"- es, por lo tanto, un momento de productividad. A la vez, el texto (o el mensaje) es punto de encuentro entre lo público y lo privado, o, de otro modo, entre lo individual y lo colectivo.

La obra particular, reflexiona Paul de Man, es una interrupción individual, una pregunta sobre lo ya conocido que de esta manera se convierte en respuesta individual a una pregunta colectiva anterior, pregunta de la comunidad que, si seguimos esta deriva, podría concebirse como una respuesta colectiva anterior a anteriores preguntas. O, de otro modo, a propósito del "horizonte de expectativa" (en el sentido que P. de Man asigna a la noción de Jauss¹²), este horizonte no sería sino la consciencia histórica de un periodo dado aunque esta consciencia no esté al alcance de sí misma de un modo consciente. Aquí, si seguimos el pensamiento de Paul de Man, percibimos un efecto que podríamos designar como el efecto formal, la puesta en obra singular de datos, afecciones y experiencias preexistentes que fluctúan entre el saber y el no saber. La obra, la producción textual, consistiría en una síntesis entre las dimensiones públicas y las privadas o, de otro modo, en el pasaje de los aspectos colectivos a los individuales ("la obra particular, en el momento de su producción, resalta en su singularidad del gris general de ideas e ideologías recibidas.")¹³

¹² De Hans Robert Jauss puede consultarse *La literatura como provocación*, Ediciones Península, Barcelona, 1976.

¹³ Paul de Man, *La resistencia a la teoría*, Metalmen/Visor, Madrid, 1990, pp. 93 y 95.

Lo que se pone en entredicho en estas proposiciones es el régimen de autoría -sobre todo la noción del autor individual como *origen* y principio de *originalidad* de un hecho discursivo- para acentuar especialmente la coexistencia de los discursos con nombre y de los discursos anónimos, esto es, lo que Foucault denominaría *regularidades discursivas*. Este giro nos permite situarnos en las vertientes de las que emana el discurso social (todo lo que se dice y escribe en una estado social dado) con o sin marca de autoría o, lo que de otro modo podemos llamar, el enunciador colectivo o los dispositivos colectivos de enunciación.¹⁴ Según este enfoque, no hay sujeto, sólo máquinas colectivas de expresión. Con territorio y estrategias específicas (el estado, las instituciones, los diversos campos intelectuales, o, como prefiere llamarlos Greimas, las comunidades semióticas restringidas) y sin territorio formal (los pueblos, las clases, pero fundamentalmente los grupos marginados, los que no tienen voz o derecho a ejercerla, es decir las mayorías silenciosas) *algo* habla desde un saber/no saber (un horizonte de expectativas) y vuelve visible la experiencia perceptiva, los valores de lo imaginario, las ideas de la época o los datos de la opinión corriente. "El texto es un tejido de citas proveniente de los mil focos de la cultura", escribía Barthes¹⁵ y lo que está a su disposición es un inmenso diccionario, un archivo en el que se sedimentan las acciones de una comunidad. Los lugares del sujeto están enclavados en el *espesor de un murmullo anónimo*,¹⁶ sin comienzo ni fin, y se perciben en un diálogo ininterrumpido ante el que se estrellan los principios de causalidad.

Vuelvo a situar el problema: si admitimos los principios teóricos que acabo de esbozar ¿cómo estudiar los procesos de "recepción" de los mensajes? Lo difícil es establecer el corte (y el corpus) entre las cadenas de significación que significan en los diversos puntos del dispositivo con diferentes niveles de estabilidad y permanencia, por aquello de que algunas voces son más fuertes que otras (y el poder de hablar se acumula de manera desigual entre los actores de la comunicación). Lo que permanece y se exhibe como documento acabado es el texto (y digo acabado sólo en el sentido de que es una

¹⁴ Utilizo esta noción con cierta libertad en relación al sentido que le atribuyen Gilles Deleuze y Félix Guattari en sus obras *Kafka -Por una literatura menor*, Claves/Era, México, 1978 y *Rizoma*, Premiá editora, México, 1978.

¹⁵ *El susurro del lenguaje*, *op.cit.*, p. 69.

¹⁶ La metáfora es de Maurice Blanchot, citada por Gilles Deleuze en su libro *Foucault*, Les éditions de Minuit, Paris, 1986, p. 17.

estructura con principio y final). Pero un texto es la lectura de la lectura de la lectura, es pregunta y respuesta de respuestas y preguntas anteriores, es por consiguiente, un momento estructurado y estructurante de la recepción. El autor, (y, en nuestros tiempos, a menudo, la empresa o la institución burocrática) singularizan y dan nombre a lo innombrado y el texto aparece como una expropiación consciente o inconsciente: el lugar donde se conectan los sentidos flotantes (el espesor del murmullo anónimo).¹⁷ En este sentido es lugar de arraigo y reconocimiento donde las cosas, los individuos y las sociedades adquieren, al menos circunstancialmente, un estatuto y una forma. Así, el caudal narrativo de una época puede concebirse como vertiente en la que se expresa una búsqueda de identidad. Es lo que intenta buscar el sentido y darle *un* sentido a las cosas de modo de arraigar la incertidumbre, el caos, o la amenaza de extinción.

c. El lugar del lector. Transiciones

Pero, a la vez, es preciso situar las intensidades y flujos discursivos de una cultura en el lugar de su emergencia. El poder (y la capacidad) de integrar el volumen audiovisual de un época y también de alinear las singularidades, es el poder de las instituciones que encuadran y centralizan mediante estrategias de estabilización ese flujo ininterrumpido. Desde el momento en que trazamos el diagrama social, es posible perfilar los actores en las escenas de la comunicación y el espacio que ocupan, según los tiempos y las sociedades, en los intercambios políticos y culturales. Desde esta perspectiva la semi-sis infinita no es sólo un flujo real sino también el lugar en el que el poder, o ciertos poderes, se ejercen. Los esquemas más conocidos con que las disciplinas sociales dan cuenta de la estratificación política y cultural distinguen mediante una fórmula binaria la presencia de actores y procesos: gobernantes y gobernados, dominadores y dominados, productores y consumidores, lenguas mayores y lenguas menores, culturas superiores y culturas subalternas, obras y públicos, autores y lectores.

Ubicados en este punto, el problema central es un problema político y el poder de la enunciación un acto que exhibe las relaciones de fuerza que atraviesan una sociedad determinada. ¿Quiénes hablan, o pretenden hablar, a partir de un estado intertextual de

¹⁷ La cultura "es un acto solitario y heroico, es la apropiación pacífica y silenciosa de los bienes ajenos" expresó Juan José Arreola al recibir el premio Juan Rulfo 1992.

cultura, en nombre de "todos"? ¿quiénes, desde sitios subordinados y de relativa invisibilidad en la escala social, son "espectadores": escuchan, leen, obedecen, resisten o consagran los discursos de autoridad? Inmediatamente reaparecen las figuras sociales en los términos prefigurados por el más elemental análisis de la realidad objetiva: productores y consumidores, actores y espectadores, autores y lectores.

Las diversas teorías de los efectos se erigen sobre esta constatación (la de dos entidades separadas y enfrentadas con roles específicos y complementarios) que no por verdadera deja de ser esquemática y de proponer un desafío para la investigación. Sobre todo si atendemos algunas de las observaciones de Pierre Bourdieu acerca de la eficacia de los enunciados performativos y su relación con ciertos rituales de la magia social. Para que un enunciado produzca determinados efectos o para que las palabras "ejecuten una determinada acción", es preciso que existan ciertas condiciones sociales -extralingüísticas- de posibilidad. No sólo el poder que inviste al que las pronuncia, sino también el reconocimiento que obtiene ese poder de los que obedecen. Lo actos de autoridad son actos autorizados, dirá Bourdieu, y sólo pueden gobernar con la colaboración de aquellos a quienes gobiernan, es decir, mediante la asistencia de los mecanismos sociales capaces de producir esa complicidad. Por lo tanto, agregaré, el reconocimiento y la creencia en el valor de las palabras, es más importante que la comprensión de un determinado discurso.¹⁸

Evidentemente, este enfoque entreabre nuevos puntos de vista para el análisis de los efectos y de los destinatarios. Si antes hemos hablado de flujos semióticos, ahora podemos hablar, siguiendo la idea anteriormente enunciada, de flujos sociales de poder, de cadenas de complicidades en las que diversos eslabones (y actores sociales) sustentan en alguno o varios puntos la autoridad y la legitimidad del que enuncia, gobierna o domina en un momento dado. Y en sentido inverso, así como el poder es resonancia y amplificación de las creencias y prácticas de diversos actores dentro de un campo social -aunque estas prácticas sean, a menudo, las de la sumisión o las de la sobrevivencia- el discurso cristaliza esas tensiones, ese

¹⁸ A propósito de este tema, consultar "El lenguaje autorizado, las condiciones sociales de la eficacia del discurso ritual", capítulo del libro de Pierre Bourdieu, *¿Qué significa hablar? -Economía de los intercambios lingüísticos-*, Akal/Universitaria, Madrid, 1985.

murmullo anónimo que emerge de la sociedad. Podríamos volver, utilizando un enfoque semiótico, a los llamados *pactos de inteligibilidad*, para explicar la doble -aunque no siempre simétrica- circulación de los poderes y los discursos. Como es fácil advertirlo, las explicaciones causales se vuelven precarias ante estas perspectivas. ¿Efectos? ¿lectores? ¿destinatarios? ¿Cómo construir ese personaje dentro de las escenas de la comunicación?

2. Intermedio

Cuando de las concepciones semióticas del texto y de los discursos sociales se pasa a las perspectivas de una sociología política de la cultura (para situar un plano teórico general) lo que se efectúa es, como lo sugería al comienzo del apartado anterior, un procedimiento de ruptura que escinde, por exigencias del método, a los actores de la producción cultural. En efecto, *el problema surge cuando se intenta situar al lector abstracto de las teorías estéticas de la recepción (el que es dimensión constitutiva de la obra, como lo hemos visto) en las esferas de la realidad objetiva; o, de otro modo, cuando se pretende efectuar el pasaje del "lector implícito" al lector empírico: una figura, esta última, representada por actores y escenas individualizados -con una trayectoria y una situación social concreta- que consume determinados bienes materiales y objetos estéticos en un momento dado y que, según esto, tendría que operar un determinado proceso de decodificación ante mensajes particulares.*

Lo que ocurre es un súbito cambio de perspectivas que altera radicalmente las concepciones del discurso social (y del poder) que hemos tratado anteriormente. En sus versiones extremas, versiones que sólo utilizo en este caso para situar con cierta precisión esta ruptura, tendríamos por un lado la noción del *lector* como un *alguien* (sin biografía, sin historia, sin psicología) que es *eso* que mantiene reunidas todas las huellas del texto¹⁹ y, por el otro, la noción del *receptor*, como sujeto concreto en el que culmina una cadena lineal de los *efectos* de un mensaje.²⁰

Entre estas posiciones, desde luego, existen matices en los diversos enfoques teóricos de actualidad, que permiten situar el volumen

¹⁹ Roland Barthes, *op. cit.* p. 71.

²⁰ Herencia, como se sabe, de la teoría de la información y de la sociología funcionalista.

de la socialidad como la tensión propia de todo acto de escritura-lectura. Pero, a mi parecer, este es un problema no resuelto. Creo, como lo he sostenido anteriormente, que son los individuos anónimos, las mayorías silenciosas, las comunidades históricas las que fijan, en buena medida, un horizonte de posibilidad del decir. Más allá de los actos concretos y puntuales de consumir, leer o decodificar un mensaje determinado (como lo pretendería un enfoque causal de los hechos de significación) es en ese murmullo subterráneo de las comunidades donde se materializan los diálogos invisibles (pero que pueden ser objeto de visibilidad) de una sociedad en un momento dado. En ciernes y en acto, la obra, el mensaje, una estética, cristalizan y responden a esa acción cotidiana. En ciernes y en acto el menor, el más elemental de los mensajes, apela a este conocimiento sedimentado de una cultura, de una comunidad para inducir un pacto en el que el reconocimiento del otro -en cualquiera de sus dimensiones, incluso las más perversas o las más ordinarias- es el principio general del acuerdo. A mi parecer, lo que a veces se convierte en motivo de confusión radica en cómo analizar o investigar estos procesos de múltiples entradas y salidas y la pluralidad de lecturas posibles de un mismo, o diferente mensaje, por parte de individuos y grupos, en uno y diferentes momentos de su existencia.

En relación a este punto, quiero volver a cuestionar la pertinencia -y productividad- de las preguntas iniciales: ¿existe, como hecho empíricamente observable, una actividad de "recepción" (me pregunto de qué: ¿de mensajes, obras, señales, guiños afectivos, rituales?) en "estado puro" (o de laboratorio) y que, por lo tanto, pueda aislarse para la observación? Si acaso aislar dicho fenómeno fuera posible, ¿en qué consiste la actividad concreta, particular, de la lectura o de la recepción? ¿es posible evaluar la "interpretación" de un mensaje? ¿de qué modo establecer sistemas de cuantificación y calificación de los efectos y transformaciones que opera un texto, un filme o un espectáculo sobre sus destinatarios? Algunas de las corrientes que pretenden estudiar estos asuntos, y se los plantean en los términos que he intentado cuestionar, se inscriben, sin muchas vacilaciones, en los círculos pragmáticos de la ingeniería social. Volveré sobre esto más adelante.

Cabe agregar que estos problemas alcanzan su punto de exasperación si consideramos los registros propios de las culturas modernas, en particular, las culturas audiovisuales. Como se sabe, las

nuevas escenas culturales se caracterizan por la fragmentación constante de las vertientes narrativas, estableciendo cadenas semióticas superpuestas y en constante mutación. El autor, en el sentido tradicional, tiende a desaparecer y más bien se ampara en regímenes anónimos de enunciación: *eso que habla* desde múltiples puntos se confunde con el habla sin nombre de grupos y comunidades. El diálogo de la plaza pública, si no abolido, cede lugar a una narratividad incesante, sin principio ni fin: desde las pantallas todo parece ser dicho, hablado, exhibido, relatado. Los mensajes tienden a la saturación de las escenas individuales y colectivas. Ciertamente, la "pluralidad" cultural de la modernidad, de la que hablan ciertos autores, tiene su anclaje semiótico en mecanismos de repetición y en rutinas y automatismos regidos, la mayoría de las veces, por el sentido común. La deriva aparente encuentra en estos dispositivos su límite pero también su proyección: por un lado asegura la promesa de una continuidad cotidiana y por el otro, mediante el cliché, afianza la resonancia afectiva o el "reconocimiento" más que la comprensión de un mensaje aislado o la suma de los mensajes. A la vez, las máquinas de visión determinan la aparición de nuevos sistemas perceptivos. Las culturas de la imagen construyen lo real a partir de "lo real visible" y de "la presentación pública del mundo": la mirada sustituye a los actos.

Si admitimos que ésta es una interpretación, aunque provisional, posible, de los nuevos horizontes culturales, cabría volver ahora al campo de teorías y métodos desde el cual, en la actualidad, se formulan las interrogaciones más perseverantes acerca de los sujetos de la acción social y cultural.

3. Sociológicas: del lector al espectador

a. Arqueologías persistentes

Es sabido que, paralelamente a las transformaciones de las tecnologías culturales y el discurso social, se han multiplicado los enfoques sobre los procesos de recepción de medios y mensajes. La tradición de este campo de estudios es conocida y marca prácticamente, desde sus comienzos, los estudios sobre medios. Sondeos de opinión y encuestas macrosociales acerca de temas específicos dieron, en su momento, una fisonomía particular a las pesquisas sobre audiencias,

públicos y espectadores. Medir la influencia, las repercusiones y efectos de las nuevas configuraciones culturales ha sido, desde los orígenes, una toma de partido antes que teórica, práctica y política, acerca de cómo evaluar los equilibrios sociales a través del estudio de los comportamientos colectivos (en este caso, el estudio de los "espectadores", ya sea de las contiendas electorales, de una marca de productos para la limpieza del hogar, de la representación de la violencia en las series de televisión, o de una campaña pública para la educación e instrucción de los ciudadanos).

En la actualidad, esta vertiente se ha visto acrecentada por la reproducción de estudios que, de nueva cuenta, intentan revivir desde análisis cuantitativos y cualitativos esas teorías funcionalistas de los efectos. Una proporción considerable de estas investigaciones actualiza, con modificaciones parciales, las antiguas concepciones y los esquemas causales que están en su fundamento: el estudio de un medio particular y sus audiencias, el problema de la vinculación entre un mensaje específico (por ejemplo la telenovela o las series policíacas) y sus públicos, los efectos de determinados mensajes en la formación de la opinión política o en la orientación de hábitos de vida y de consumo o, en sentido contrario, en la educación de las audiencias de modo de promover nuevos sistemas de recepción crítica, etcétera.

Las premisas subyacentes son relativamente simples: si los medios de comunicación establecen nuevas redes de vinculación social, si estas redes se despliegan a partir de una discursividad incesante y alcanzan la adhesión de los públicos más vastos, puede deducirse entonces, que la nueva ingeniería cultural incide sobre los comportamientos y actitudes de los más diversos sectores sociales. Luego, es posible establecer un sistema de medición y control de los efectos que los mensajes producen sobre sus audiencias. Se tratará de aplicar un conjunto de técnicas cualitativas con orientación sociológica, aislar un cierto mensaje, presentarlo ante un público (representativo) de laboratorio y al final será posible dar cuenta de un proceso de recepción plausible o probable ante determinados estímulos discursivos. Y, en segundo lugar, sobre la base de los resultados obtenidos, se intentará encauzar las modernas maquinarias de producción de sentido, y en particular determinados mensajes, en la dirección que conviene a ciertos objetivos, intereses y planificaciones políticas o económicas. Si bien esta descripción es esquemática

en alto grado, creo que de alguna manera refiere tendencias bastante generalizadas en los estudios de comunicación, ya sea desde perspectivas funcionalistas clásicas como desde algunas que se autodenominan teorías críticas.

Si partimos de los enfoques sociológicos tradicionales, parece relativamente sencillo evaluar (en el sentido de cuantificar el consumo) la regularidad de diferentes tendencias de opinión y acción ante medios, programas o espectáculos. Se podrá saber (con las variables clásicas de estratificación social) quiénes leen determinado periódico o siguen un programa, un canal de televisión o ciertos espectáculos masivos, el número de visitantes a un museo o a conciertos populares o sinfónicos. Más compleja es la intención de describir y explicar los procesos de lectura de mensajes aislados (qué ve -qué descifra- un determinado individuo o un grupo cuando ve -y supuestamente descifra- una telenovela, una película de terror o un cuadro de Matisse) o de poner en conexión, como a veces se pretende, un determinado género narrativo con los modelos de desciframiento o las prácticas culturales de decodificación de segmentos elegidos de audiencias o destinatarios.

Porque, en primer lugar, si admitimos que la actividad de lectura es indisociable de todas las demás prácticas sociales -sin contar en este momento los registros imaginarios- es por la misma razón una actividad irreductible a los métodos propios de los enfoques causales. Si, como lo hemos visto, el texto -o el discurso- se erige como espacio de condensación de flujos semióticos plurales y, en todos los casos, como forma de diálogo (aunque esté regido por el poder asimétrico que confiere a la autoridad el derecho de ejercer la palabra); si la condición del texto es básicamente la de su heterogeneidad, otro tanto puede formularse con respecto a los llamados procesos de recepción de las audiencias o los públicos, sobre todo si entendemos estos procesos como actividad de "comprensión" de un determinado mensaje. Esta es zona de dispersión por excelencia y lo que se produce activa y cotidianamente entre individuos y grupos sociales son los residuos de una escucha (o una lectura) casi inasible, fragmentos de creencias y de prácticas que apenas perfiladas establecen conexiones de inmediato con otras prácticas, experiencias y emociones. Los "efectos" (la "recepción"), en este sentido, se despliegan en múltiples direcciones y lo que en un momento puede designarse, y a veces aislarse, como *un efecto* se convierte casi de

inmediato en *causa* dentro de las cadenas semióticas y las cadenas interpretativas.

b. Recursos del método

En este punto quiero detenerme, brevemente, en el significado que reviste la experiencia de comprensión de un mensaje en tanto fase fundamental de los llamados procesos de recepción. Es posible distinguir, en esta experiencia, cuando menos dos situaciones que remiten a procesos de corta y larga duración: una comprensión inmediata de lo que el texto dice o parece decir de manera literal (¿pero qué es la literalidad de un texto, aun en el caso de una consigna política o un mensaje publicitario?) y una comprensión diferida cuyos efectos no son perceptibles en un primer momento -ni siquiera para los propios actores- y requieren de un largo proceso de sedimentación en los individuos.

En ambos casos, sin embargo, los resultados parecen escapar a una evaluación positiva o positivista. ¿Cómo se expresaría ese estado de "comprensión", la inmediata o la otra, para la mayoría de los mortales (no estoy hablando de los críticos ni de los especialistas): ¿en réplicas verbales, en situaciones de verbalización, en conductas o respuestas no verbales, en acciones o gestos? ¿Cómo se materializa ese "entendimiento": en sentimientos o emociones, en formas de reflexión intelectual, en racionalizaciones, en nuevas creencias? Si de lo que se trata es de capturar las respuestas verbales de las experiencias de "decodificación" y "comprensión" ¿no estamos entonces ante un nuevo "texto", como confluencia de los "mil focos de la cultura" -aunque sea de otra naturaleza y pertenezca al registro oral, y esto nos plantea ya otro problema- o ante un pretexto para discurrir sobre cualquier otro plano de la existencia, o, si se quiere, ante un nuevo relato que toma al anterior como principio de una narratividad que no encuentra más límites que el horizonte cultural y social de los destinatarios? Si, en el segundo de los casos, lo que intentamos es evaluar comportamientos y prácticas sometidos a regímenes no verbales de expresión ¿cómo evaluar una respuesta (un efecto) que se incorpora en diferentes registros de la personalidad, aún los inconscientes, y se convierte en cuerpo de los individuos y en prácticas plurales cuyas motivaciones siempre estarán precedidas de una historia (en el sentido fuerte del término), esto es, de múltiples influencias sociales y culturales?

Sin duda, las teorías sociales de los efectos, y en algunos casos, también las teorías de la recepción, manifiestan una particular concepción de la performatividad del lenguaje. Por de pronto, parece existir una fuerte confianza en el poder de las palabras, sobre todo en su capacidad de ejecutar acciones o de producir hechos y comportamientos. Una idea de la performatividad que consiste en creer que el lenguaje puede constituirse en un modo eficiente de poseer tal o cual poder y de esta forma actuar sobre el mundo social a través de discursos y mensajes verbales o no verbales. Implícitamente se desliza una idea del orden social y simbólico, no sólo porque un enunciado performativo puede ser una orden o una consigna, sino también porque los discursos así concebidos podrían ordenar, encuadrar, controlar y definir conductas individuales y colectivas. De allí que algunas de estas teorías tiendan a medir la capacidad persuasiva que se le asigna a las palabras y, por consecuencia, los niveles de "obediencia", aceptación o reconocimiento que este ejercicio procura. Si el mensaje *tiene* como finalidad e intención propiciar determinadas acciones, el estudio de los efectos es básico para encuadrar una estrategia de enunciación. Por estas razones, estos estudios suelen mantener una íntima relación con la pragmática política, las terapias sociales o las pedagogías colectivas.

Cabe aclarar que con estas ideas no intento poner en duda la capacidad del lenguaje para producir hechos y acciones. Lo que pretendo es exponer el valor de esa performatividad (entendida en sentido amplio) si de lo que se trata no es de analizar esquemas de estímulo-respuesta o de causa-efecto, sino la productividad inmediata o diferida - en presencia o ausencia de vínculos interpersonales de la interlocución social. Esto nos ubica inmediatamente en otro plano de la reflexión, y permite el tránsito de la ingeniería social a lo que podríamos denominar una antropología de la cultura centrada en los procesos de circulación de los discursos colectivos.

Creo que es a partir de este desplazamiento que se han producido, y se siguen produciendo en la actualidad, las aportaciones teóricas y empíricas más interesantes en el campo de estudios sobre la cultura y las simbólicas antiguas y contemporáneas. Y, también, que esta orientación permite integrar, desde otra perspectiva, nuevos perfiles de investigación en el campo de la comunicación a distancia. No se trata, de manera esquemática, de desplazar el acento del emisor al receptor, de la producción al consumo o de los autores a

los lectores o destinatarios, como creo que es una tentación bastante frecuente en algunas de estas disciplinas. Consiste, por el contrario, en un cambio del punto de vista, en un desplazamiento que configura nuevos objetos de estudio. Y es volver, para seguir con la metáfora de Blanchot, a los lugares del sujeto: el espesor del murmullo anónimo. O a las operaciones de los usuarios como las concibe Michel de Certeau (y parte importante de la historiografía francesa actual) en las trayectorias, casi invisibles, de la vida cotidiana que "se inventa con las mil formas de la *caza furtiva*." ²¹

c. De las prácticas y los discursos anónimos

Buena parte de las teorías de los efectos y la recepción, aun con las variaciones con que se las ha actualizado en las últimas décadas, se debaten ante los límites que imponen los esquemas causales. La tentación de aislar mensajes (que sólo existen en un proceso continuo de intertextualidad) y actividades de lectura (que son parte constitutiva de prácticas sociales más vastas) con el fin de verificar su incidencia sobre grupos socialmente definidos, ha puesto a diversas disciplinas sociales en una encrucijada. Las aperturas, en estos tiempos, provienen tal vez de otros enfoques que, sin renunciar a la interpretación de las prácticas culturales, las reubican en el tejido de acciones y rutinas de mayor alcance. En lo particular, existe ya una vasta tradición etnográfica (en sus diversas corrientes) que es la que ha permitido reformular este problema como una dimensión específica de lo que podríamos denominar una microecología de la vida cotidiana.

La vida cotidiana, tradicionalmente concebida como el espacio de realización de la intimidad y, de algún modo, como zona de protección y repliegue ante la esfera de lo público, es, en este sentido, el territorio del individuo, el lugar de los sujetos anónimos. Para ciertas corrientes sociológicas representa el tránsito del mundo de la producción al mundo del consumo, de la escena pública de las instituciones y los poderes centrales a la esfera de lo privado y de las rutinas y prácticas repetitivas de la reproducción. Lo cotidiano, así situado, tiene su punto de anclaje en la familia; su radicación es local y microscópica. Esta microescena de la vida colectiva se manifiesta particularmente a través de rutinas y fragmentos de acciones, en rituales de convivencia con cierto grado de fijeza y repetición, en

²¹ *L'invention du quotidien*, Ed.10-18, París, 1980.

modos automatizados de empleo de objetos y mensajes y, sobre todo, en lo que podríamos llamar la simultaneidad de las prácticas.

Porque, en efecto, los actores de este universo, en sus múltiples escenas y circunstancias, son a la vez actores y espectadores, productores y consumidores, lectores y autores y manifiestan sus estilos de vida en pluralidad de acciones: afectivas, dialógicas, simbólicas y materiales. Es en ese ámbito, en el que los gestos cotidianos establecen las líneas de flotación, -y la continuidad- de una cultura donde se fraguan imperceptiblemente los hilos que sustentan las historias oficiales y los grandes relatos. Las cualidades de este proceso pueden ser objeto de una interpretación parcial, y, también, como diría Geertz, de una *descripción densa*, lo cual no evita, antes bien, confirma, la naturaleza interminable de la empresa. Lo señala Clifford Geertz con exactitud: el análisis cultural en estos espacios fragmentarios es intrínsecamente incompleto y, en cierto modo, esencialmente discutible.²²

Sin entrar en detalles con respecto a las posiciones metodológicas de las diversas corrientes etnográficas contemporáneas, hay un aspecto que, a partir de lo que me sugiere algunas de esas corrientes, querría destacar: las grandes transformaciones culturales de las últimas décadas atañen sustantivamente a la redefinición de los ámbitos privados y a las trayectorias de la vida cotidiana. Los nuevos espacios ondulatorios de las culturas de la imagen son dispositivos que a la vez que producen una concentración sin precedentes del derecho a la palabra, son enclaves que diagraman las rutinas cotidianas desde la intimidad de la vida familiar. La esfera de lo público es cada día más una escena que se despliega desde la pantallas domésticas, así como el uso del tiempo libre una propuesta que se realiza crecientemente al abrigo del mundo exterior o, si se prefiere, fuera de los espacios de las instituciones oficiales y las redes que tradicionalmente representaron un lugar de encuentro entre los individuos. El ocaso, en las ciudades, de las grandes celebraciones colectivas y los rituales públicos de la cultura, con la paulatina desaparición de los salones de baile o las salas de cine, de teatro, danza, ópera o música popular; la lenta extinción de la vida del barrio y la relación entre vecinos; el ocaso, también, de la energía comunitaria desplegada en actos de participación política, coincide a fines de milenio con el desarrollo acelerado de las concentraciones urbanas.

²² Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona, 1989, pp. 19 y ss.

Paradójicamente, las ciudades crecen al amparo de la vida suburbana (como submundo aséptico, protegido y vigilado) y, en sus versiones extremas, en los cinturones de miseria, configuración polar en la que de diferente manera, y por diferentes razones, se manifiestan las nuevas formas de reclusión en la intimidad del hogar y de pequeños grupos de referencia. La funcionalidad de las nuevas tecnologías electrónicas radica precisamente en su capacidad de responder, flexiblemente, a esta paulatina inversión de las energías colectivas hacia formas crecientes de individualismo y repliegue en círculos cerrados. La logística de los movimientos y los trayectos individuales y colectivos cambian de manera radical con el surgimiento de una cultura a domicilio que habla en nombre de todos con una gran economía de esfuerzos. En algún sentido, se amplían los horizontes de la vida cotidiana con la aparición de las terminales domésticas. El microcosmos familiar se convierte en lugar de exhibición y visión de realidades planetarias; la vida pública, refractada y organizada en diversos relatos audiovisuales, es parte constitutiva, indisoluble, de los ámbitos privados; lo político, una dimensión entre otras dentro de las actividades del consumo.

La vida cotidiana y las redes familiares empiezan, pues, a constituirse, gradualmente, en los lugares naturales de reconocimiento de los nuevos trazados culturales de la modernidad y del ejercicio de los poderes centrales actualizados en los pequeños poderes y discursos que circulan, en sus diferentes versiones, en la existencia de todos los días. Lo personal es político; esto lo sabíamos desde hace tiempo sólo que ahora adquiere un estatuto que es preciso seguir explorando en sus diversas dimensiones.

A mi juicio, ya no es posible soslayar la existencia de una sociedad de espectadores, cuando menos como una posibilidad prefigurada por los nuevos trazados culturales. Con esto quiero subrayar más el lugar social que ciertas tecnologías definen para individuos o grupos que la acción misma de los sujetos sociales. La distancia que media entre la asignación de roles y la acción concreta es justamente la historia invisible de las prácticas e ideologías colectivas que es necesario rescatar con estudios de casos y pequeñas biografías o etnografías de los gestos cotidianos.

Por el momento y para acabar, provisionalmente, con estas ideas, retomaría del caudal de estudios que se están realizando en la actualidad, al menos dos dimensiones de análisis, estrechamente re-

lacionadas, en las vertientes de la microecología cotidiana. Por un lado, la incidencia de las nuevas tecnologías culturales en la diágración de los espacios privados, por el otro, el análisis de discursos y representaciones referidos a los nuevos ámbitos simbólicos. En relación con el primer aspecto se trataría de reconstruir estilos de vida, usos y costumbres referidos, en particular, a los nuevos sistemas y técnicas de comunicación. Lo que estas extensiones culturales representan como posible reafirmación de las sociedades íntimas y de las redes familiares y la consecuente reformulación de los lazos entre la esfera pública y la privada. Estos aspectos conllevan la necesidad de analizar diferentes dimensiones de la vida social tal como la viven grupos y, especialmente, unidades familiares: usos del espacio urbano, trayectorias en relación al trabajo y al tiempo libre, modalidades de convivencia y comunicación grupal, relaciones con las esferas de decisión política y estilos de las prácticas culturales, entre otras.

En cuanto al segundo de los aspectos, éste podría ser designado como el lugar de intersección de prácticas e ideologías a través del análisis de los discursos que circulan en los diferentes ámbitos familiares. Se trataría de un seguimiento de las modalidades de verbalización con las que los individuos o integrantes del grupo refieren su experiencia ante los nuevos paisajes culturales. A primera vista estos relatos podrían ser clasificados como experiencias de "lectura" o de "recepción" ante determinadas obras o mensajes e incluso ante los propios medios de comunicación. Cabe aclarar, siguiendo las ideas que han orientado este trabajo, que la pretensión no es obtener respuestas puntuales a preguntas dirigidas sino, por el contrario, el fluir de evocaciones, recuerdos o asociaciones libres ante los nuevos repertorios audiovisuales y su inserción en los ámbitos plurales de la cotidianidad.

El tema sigue siendo, pues, la reconstrucción de determinadas "representaciones sociales" como lugar de confluencia del habla y las emociones colectivas, en sus manifestaciones microscópicas y fragmentarias, aunque no por ello dejan de ser trazo que perdura en el vasto arsenal de saberes cotidianos de corta y larga duración. Visto desde este ángulo, no estamos ya ante los llamados procesos de recepción sino ante historias de vida que se despliegan en múltiples direcciones entre las cuales la referencia a las culturas de la imagen es una vertiente entre otras. Desplazar el acento de los efectos a las acciones y de los lectores a los actores anónimos es, tal vez, una vía diferente para la comprensión de los nuevos procesos culturales.